



“ES LA HORA DE TODOS”

Carta pastoral ante el curso 2021-2022

P. Luis Ángel de las Heras Berzal, CMF

Obispo de León

1. *Preámbulo: es la hora de todos y, más aún, es nuestra hora*
2. *La hora de todos edificando la comunión fraterna*
3. *La hora de todos formando comunidad de evangelización misionera*
4. *La hora de todos acogiendo en comunidad de misión samaritana*
5. *Envío: somos Iglesia, somos comunión, somos misión*

Queridos diócesanos:

Con vosotros en la mente, en el corazón y en la oración, os saludo cordialmente y comparto mis mejores deseos para todos en este curso 2021-2022. Al inicio de un nuevo tiempo, nos disponemos a continuar caminando. Nos acompañan esperanzas e incertidumbres derivadas de la pandemia del Covid-19, de un cambio de responsables diócesanos en la Iglesia particular de León, de una Iglesia universal en proceso de salida y conversión misionera y sinodal. Todas ellas resuenan en nosotros y se enmarcan en lo que venimos denominando desde hace tiempo «un cambio de época».

Ante esta realidad y sus consecuencias, queremos y debemos actuar, evitando la indiferencia y la inhibición. Para ello, hemos de mirar y escuchar cuanto nos rodea y aquello que late en nuestro interior; hemos de discernir lo que encontremos poniéndolo como pueblo creyente ante la luz del Espíritu Santo y, finalmente, hemos de definir lo que hay que cambiar y los caminos nuevos que se han de abrir.

Tal y como publicamos en junio pasado, hemos dado un paso en la reorganización de la coordinación y animación pastoral de la diócesis. Las antiguas delegaciones y secretariados se han agrupado en tres delegaciones episcopales (comunión fraterna, evangelización misionera y misión samaritana) con el fin de vivir y trabajar como equipos de animación misionera. A su vez, las áreas pastorales que forman parte de cada delegación contarán con sus propios equipos de coordinación.

En una feliz coincidencia, viene en ayuda de nuestro esfuerzo la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos que ha convocado el papa Francisco con un proceso sinodal que comienza su fase diocesana en octubre. Su lema y propósito es *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*. El Papa nos invita a preguntarnos sobre la sinodalidad, considerándolo un tema decisivo para la vida y misión de la Iglesia.

Y no solo: precisamente se cumple ahora el veinticinco aniversario de la promulgación del “Libro Sinodal” fruto del sínodo diocesano de esta Iglesia particular de León celebrado entre 1993 y 1995. Su recuerdo nos muestra el notable valor del camino sinodal.

Así pues, se abre ante nosotros un curso idóneo para descubrir, interiorizar y practicar la sinodalidad como el modo habitual de proceder de nuestra Iglesia particular de León, su «específica forma de vivir y obrar» que plasma la comunión fraterna en el caminar juntos y en el compromiso personal y comunitario de la evangelización misionera y la misión samaritana. Con este telón de fondo, se presenta el ser y la misión de cada una de las tres nuevas delegaciones en la XX Semana de Pastoral —con el lema *Pueblo de Dios en salida*— para ayudarnos a comprender y adquirir este modo eclesial de ser, vivir y actuar. Como es natural, cuanto nos proponemos exige actitud de continua conversión, con perseverancia en la oración, la reflexión y el discernimiento personal y comunitario bajo la acción del Espíritu Santo.

Tenemos, en consecuencia, razones y motivaciones múltiples para procurar una amplia participación de todos los bautizados y fomentar una comunión dinámica, abierta y misionera. Aunque, como advierte el papa Francisco, el objetivo «no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos»¹. Sea, pues, el sueño misionero de llegar a todos el objetivo de cada diocesano, con el corazón puesto cada vez más en Jesucristo, experimentando la alegría del encuentro con Él que nos impulsa a evangelizar y comprometernos con la transformación de este mundo en un orden nuevo según la voluntad de amor y salvación de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¹ PAPA FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium*, 2013, n. 31.

1. Preámbulo: es la hora de todos y, más aún, es nuestra hora

El sueño misionero de llegar a todos sólo se cumplirá contando con todos los diocesanos laicos, consagrados, diáconos permanentes, seminaristas, presbíteros y este servidor vuestro como obispo diocesano. Por consiguiente, estamos convocados personalmente y como familia, comunidad, grupo, asociación, cofradía, movimiento... Que nadie se quede al margen. Todos tenemos la palabra y un puesto en el banquete del Señor. Aunque ciertamente debemos ponernos traje de fiesta, que es traje de alegría y esperanza, traje de humildad, de reconciliación, de fraternidad. Traje de vida nueva. No en vano hemos sido envueltos en un manto de justicia (cf. Is 61,9).

Esta convocatoria en el momento actual es la que nos lleva a gritar convencidos que «es la hora de todos». Es decir, es tu hora, es mi hora y, más aún, «es nuestra hora». Aunque puede ser un grito válido en cualquier momento, en el hoy social y eclesial encontramos unas connotaciones singulares que nos conducen a un tiempo nuevo, de un modo nuevo, por sendas nuevas en las que todos estamos llamados, sin excepción, sin exclusión.

Bien está que cada uno se pregunte cómo puede vivir su «hora personal» en la «hora de todos», de modo que su «yo» sea una aportación rica, humilde, y articuladora del nosotros eclesial fraterno, sinodal y misionero.

Es la hora de los laicos, de los consagrados y de los clérigos. Es la hora de los catequistas, de los monitores, de los agentes y voluntarios de pastoral, de los cofrades, de los miembros de movimientos y todo tipo de asociaciones y grupos católicos, de los moderadores de celebraciones en ausencia de presbítero, de los sacristanes y demás colaboradores de los templos.

Es la hora de todos porque todos estamos llamados a asumir la comunión fraterna para una evangelización misionera y una misión samaritana que por medio de la espiritualidad y el compromiso de cada bautizado hacemos entre todos. Es la hora de todos —es nuestra hora— para construir el futuro de la Iglesia que peregrina en León.

Es la hora en la que no queremos ni debemos prescindir de ningún diocesano. Es la hora de todos porque es la hora de nuestra Iglesia, pueblo de la fraternidad y del camino. Es la hora de todos porque es la hora de la sinodalidad con tres palabras claves: comunión, participación y misión.

Que sepamos comprender y asumir esta «hora de todos» para lograr en la Iglesia particular de León «la específica forma de vivir y obrar (*modus vivendi et operandi*) de la Iglesia Pueblo de Dios que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión evangelizadora»².

En esta hora de todos, necesitamos continuar o emprender procesos de transformación personales y comunitarios. Es preciso que la conversión personal, pastoral, misionera y sinodal sea una realidad siempre en marcha y, por tanto, perfectible.

A algunos puede parecerles esta hora tardía; a otros, prematura. Sencillamente, es nuestra hora. Si insistimos desde la fe en Cristo vivo que permanece con nosotros, «la hora de todos» es siempre madrugada, alborada, tiempo nuevo.

NUESTRA HORA

Sea prematura o sea tardía,
es la hora de todos,
es nuestra hora.

Nuestra hora
es todo el tiempo
que tenemos a mano
para hacer futuro.

Nuestra hora
somos nosotros
esta hora oportuna.

Esta hora nuestra,
la hora de todos,
siempre es madrugada
si insistimos un poco con la fe en Cristo Vivo³.

² COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, Roma 2018, n. 6.

³ Adaptación del poema de Pedro Casaldáliga «Nuestra Hora», en *El tiempo y la espera*, 1986.

2. La hora de todos los que edificamos la comunión fraterna

Volviendo la mirada a los orígenes, teniendo en cuenta la historia y el presente, queremos construir una Iglesia de comunión fraterna entre laicos, seminaristas, diáconos, sacerdotes, personas consagradas y obispos —también contamos con D. Julián López, obispo emérito— caminando sinodalmente. Allanando los montes del orgullo y las contiendas, de tal manera que, como dice la carta a los filipenses, busquemos cada uno el bien de los demás y tengamos entre nosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cf. Flp 2, 3-5), conscientes de que, en esta hora nos necesitamos como pueblo de Dios en comunión para la misión. Si hay alguna distinción entre nosotros que sea como las que encontramos en el evangelio: «al que mucho se le dio, mucho se le reclamará; al que mucho se le confió, más aún se le pedirá» (Lc 12,48); «el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo» (Mt 20,27).

Para promover la comunión fraterna os invito a recordar dos máximas que propone el papa Francisco en *Evangelii gaudium*: el todo es superior a la parte (cf EG 234-237) y la unidad prevalece sobre el conflicto (cf EG 226-230).

En ese todo inabarcable, nuestra Iglesia particular de León es una parte, icono del todo que, a su vez, reúne otras muchas partes. Ciertamente, entre el todo y las partes, entre lo universal y lo particular, se puede dar tensión. Pero hay que prestar atención al todo para no quedarnos en miradas cortas y cerradas, sin perder de vista lo particular que nos da el realismo necesario para vivir y caminar. El Papa dice aún más: el todo también es más que la mera suma de las partes y no hay que obsesionarse por cuestiones particulares; hay que ampliar el horizonte arraigados en el lugar y en la historia a la que nos incorporamos. La imagen que debe iluminarnos no es la de la esfera, sino la del poliedro. Así, podemos decir que la Iglesia es poliédrica: en ella, cada cara unida al resto da lugar a una única figura inseparable en la que lo parcial enriquece la totalidad de la belleza del Cuerpo de Cristo.

Cada bautizado, cada parroquia, cada unidad o agrupación pastoral, cada comunidad, cada cofradía, cada asociación, cada movimiento, cada institución... forma parte de una comunidad de comunidades que es la Iglesia diocesana o particular, a través de la cual nos constituimos en piedras vivas de la Iglesia universal.

Reconocer cada parte nos compromete a descubrir el todo universal que formamos. Si alguien solo ve su parte y no mira más allá, difícilmente se sentirá parte del todo y difícilmente podrá dar vida y futuro a su particularidad, a su parcela, a su seña de identidad, por muy importante que sea (y realmente lo es).

Como partes de la historia de la salvación y buscadores del sentido de la humanidad en Jesucristo, debemos descubrir el todo que nos da vida: tenemos que renovar con pasión nuestra fe en el Cuerpo de Cristo del que cada uno se debe sentir miembro y considerar a los hermanos con idéntica condición para construir la comunión fraterna.

En este horizonte de grandeza se pueden dar conflictos, por supuesto. Es algo que forma parte de la vida humana y de las relaciones entre las personas, los grupos y las instituciones. No debemos ignorarlo ni disimularlo, sino asumirlo y afrontarlo buscando su superación con verdad y caridad.

Hemos de ser capaces de seguir la senda que indica el Papa, que comienza por dejar a un lado la indiferencia y continúa por no quedar prisioneros de los conflictos, puesto que, cuando esto último sucede, se termina por perder el horizonte y se tiende a proyectar en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones. Sin desviarnos por estos derroteros, nos cabe encontrar la «tercera manera» que propone Francisco: «aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. “¡Felices los que trabajan por la paz!” (Mt 5,9)»⁴. Realmente Cristo ha unificado todo en sí y Él es nuestra paz. Si somos gente de paz, somos gente de comunión fraterna, porque la «unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades. Supera cualquier conflicto en una nueva y prometedora síntesis»⁵, con la imprescindible llave de la reconciliación.

Como partes que constituimos y sumamos un todo al que nos incorpora nuestra Iglesia particular de León, decididos a superar conflictos si los hubiere, vamos a buscar una específica forma de vivir y obrar como pueblo fiel y santo de Dios. Vamos a manifestar nuestro ser comunión fraterna caminando juntos, reuniéndonos en asamblea y participando activamente en nuestra misión evangelizadora y samaritana. Vamos a reactivar aquello que entendemos como sinodalidad. Por consiguiente, que cuanto seamos, vivamos y hagamos tenga una impronta sinodal, es decir, eclesial; que lleguemos a ser verdaderamente un *nosotros* cristiano, fundado en cada yo que se hermana con los otros.

Para hacer realidad esta comunión fraterna, necesitamos alimentar el deseo de conocer a los hermanos y hermanas, estar con ellos, compartir y aprender todos de todos. Tenemos que acortar distancias, aumentar el círculo de nuestras relaciones más allá de las simpatías y afinidades.

⁴ PAPA FRANCISCO, *Ídem*, n. 227.

⁵ *Ibidem*, n. 230.

Es verdad que cada asociación, movimiento, orden, congregación, cofradía e institución dentro de la Iglesia tiene su propio estilo e impronta. Sin miedo a perder nada y con la seguridad de ganar mucho, tenemos que fomentar una espiritualidad de comunión y unas mutuas relaciones fraternas de confianza. Nos ayudará rezar, celebrar y compartir con los otros y con los métodos y costumbres de los otros. Siempre hay algo nuevo que acoger. Igualmente, hemos de aprender a tratar entre todos lo que nos afecta a todos; hemos de escucharnos, hemos de saber exponer lo que pensamos con respeto y sinceridad; hemos de recorrer caminos de diálogo sereno que no siempre hemos recorrido, hemos de saber corregirnos y acoger la corrección fraterna. Seamos capaces de considerar a los demás superiores a nosotros, sin obrar, por supuesto, por rivalidad ni ostentación (cf. Flp 2,3).

3. La hora de todos formando comunidad de evangelización misionera

Nuestro ser comunión fraterna lo manifestamos, como ya hemos dicho, en una participación comprometida en la evangelización misionera y, por tanto, en nuestro modo de pensarla y llevarla a la práctica. No presupongamos nada. Cada movimiento, cofradía, área, agente de pastoral y cristiano bautizado, debe comprenderse y sentirse parte de un todo que nos congrega. La implicación de cada parte debe realizarse con la mirada puesta en los otros miembros del Cuerpo de Cristo, con quienes hemos de acompañar el paso evangelizador.

Este modo de obrar debe potenciar la fuerza evangelizadora de nuestra Iglesia particular de León. Todos somos necesarios a la hora de experimentar y conservar «la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas»⁶. Los grandes desafíos de la evangelización no son excusa para no hacer nada, ni justificación o consuelo que nos tranquiliza con el pensamiento de que hemos hecho todo lo posible y ya no sabemos qué hacer ni cómo hacerlo. Cada desafío es digno de una respuesta orada, discernida y planificada en comunidad fraterna y misionera.

El primer anuncio, la iniciación cristiana, los procesos catequéticos, la formación, el acompañamiento personal y pastoral sectorial, las numerosas iniciativas evangelizadoras conforman un entramado de personas y proyectos que están llamados a conocerse y apoyarse mutuamente cada vez más. No podemos dejar que un bautizado o un grupo se sienta solo ni aislado en la misión evangelizadora del Pueblo de Dios en salida.

⁶ SAN PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, Roma 1975, n. 80.

Creer que la Iglesia entera es misionera y es enviada a evangelizar a todo el mundo debería despertar una doble convicción, afirma san Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*: «Primera: evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial. [...] De ahí, la segunda convicción: si cada cual evangeliza en nombre de la Iglesia, que a su vez lo hace en virtud de un mandato del Señor, ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus Pastores»⁷. La evangelización exige un fuerte y creciente compromiso comunitario eclesial.

Efectivamente, es hora de salir, no cada cual por su cuenta, sino juntos y unidos, como Pueblo de Dios en camino. Si nos decidimos a fomentar una espiritualidad de comunión y crece la fraternidad, se abrirán también horizontes y fortalezas de una evangelización de comunión, en la que se abandona la comodidad del que espera plácidamente al que llega y se abraza la incomodidad de salir a acoger al que busca y necesita conocer a Jesucristo, gustar el amor de Dios y gozar de una vida digna.

La historia de la diócesis de León ha dado muchos frutos misioneros que ayudan a configurar hoy una necesaria vida de fe en «estado permanente de misión» (EG 25), desde la que afrontar la impostergable renovación eclesial. Esta hora de todos en la evangelización misionera nos convoca a soñar y hacer realidad una responsabilidad compartida, un decidido cambio personal, pastoral y misionero de los bautizados y enviados, de nuestras relaciones, de nuestras estructuras y costumbres. De tal modo que logremos mayor apertura, en constante actitud de salida. Estamos llamados a mancharnos las manos con el trabajo evangelizador que evita la introversión eclesial, la obsesión por la autopreservación, el temor y el desaliento (cf. EG 27).

El apostolado seglar, los movimientos y asociaciones, la enseñanza de la religión en la escuela, la educación católica, la catequesis... Todos y cada uno de los ámbitos que abarca la nueva delegación de evangelización misionera constituyen un cuerpo de compromiso de discípulos misioneros que han de saberse y sentirse comunidad para la misión. Ahora que nos es tan evidente que estamos todos en la misma barca y nadie se salva solo (cf. FT 32), debemos convertirnos también en discípulos misioneros conscientes de que nadie evangeliza solo, de que un cristiano «dice siempre “nosotros” incluso si dice “yo”»⁸.

⁷ *Ibidem*, n. 60.

⁸ Himno de la Liturgia de las Horas, sábado de la IIª semana del salterio.

Es tan importante hoy el «nosotros misionero y evangelizador» que debemos hacernos conscientes de las inercias que nos llevan a actuar en solitario, aisladamente, sin reparar en los hermanos. Para vencerlas y actuar de un modo diferente, con la convicción personal de la relevancia comunitaria. Si es preciso y conviene, habremos de ralentizar el paso en ciertos aspectos hasta que todos podamos caminar lo más posible al unísono. No importa si no podemos realizar del todo todas las tareas pastorales si eso nos permite tomar conciencia de nuestra identidad como comunidad misionera evangelizada y evangelizadora, llamada a ser la sal de la tierra y la luz del mundo que no nos debemos dejar robar (cf. EG 92).

4. La hora de todos acogiendo en comunidad de misión samarítana

Nuestra comunidad eclesial desea llevar a todos la compasión del Señor (cf. EG 24), tocando la carne sufriente de Cristo como Iglesia misericordiosa, sin prejuicios ni exclusiones, de tal modo que quienes se acerquen sean acogidos, amados, perdonados y alentados a recorrer las sendas del Evangelio (cf. EG 114). Somos comunidad que abre una calzada en la estepa para caminar juntos con Dios hasta la casa del pobre (cf. EG 197-198). Somos comunidad que escucha el clamor de los oprimidos y quiere responder —ojalá sea con todas nuestras fuerzas—, implicándose tanto en «la cooperación para resolver las causas estructurales de la pobreza y para promover el desarrollo integral de los pobres, como [con] los gestos simples y cotidianos de solidaridad ante miserias muy concretas»⁹.

Como dije en la homilía de la Eucaristía de inicio de mi ministerio pastoral en la diócesis legionense, nuestra Iglesia es samarítana y tiene la misión de desviarse hacia las cunetas de los apaleados, procurando igualar lo que para el mundo resulta escabroso. Ha de alzarse como comunidad acogedora de misión samarítana enviada a extender sus fronteras, compartiendo sus riquezas, sanando las heridas y restaurando a cada persona en su dignidad (cf. FT 62). Ha de estar dispuesta a cambiar sus planes y abrirse a la sorpresa de los hermanos, sobre todo del apaleado que nos necesita (cf. FT 101), cargando el dolor de los fracasos del mundo (cf. FT 77) y evitando todo tipo de connivencia con los salteadores y con los que pasan de largo (cf. FT 67).

⁹ PAPA FRANCISCO, *Ídem*, n. 188.

En esta hora de todos, nuestra misión samaritana contribuirá al bien común, tratando de colaborar para enderezar lo que se ha torcido en el orden político y social y ofreciendo alternativas; empeñándonos en favorecer vínculos de paz y de concordia; sabiendo que todos estamos llamados a encontrarnos como hermanos, dándonos nuevas oportunidades y ayudándonos a vivir (cf. FT 66), defendiendo una vida digna para todos y orientada hacia Jesucristo, fuente y horizonte de sentido.

Todas las expresiones de la caridad, la solidaridad y la acción samaritana de nuestra diócesis, que son muchas y pueden ser más, las ponemos en la clave de la comunidad de discípulos misioneros que hacen propio el sufrimiento ajeno. Comunidad de prójimos de quienes han caído por sí mismos o a causa de otros y no podemos dejar abatidos, puesto que la mirada de Cristo en la Cruz nos impele a acoger, recoger, curar e invitar a formar parte de la comunidad que se ha acercado a ellos. Dejémonos mirar por Cristo en la Cruz para ser comunidad de prójimos, Iglesia samaritana, enviados a una imprescindible misión de discípulos misioneros samaritanos.

Somos comunidad que acoge conscientes de que «nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude»¹⁰. Se nos presenta la hermosa tarea de recuperar la pasión compartida por una comunidad eclesial a la que pertenecemos, en la que queremos vivir la solidaridad, la caridad y la misericordia y, por tanto, a la que queremos destinar tiempo, esfuerzo y bienes para que muchos no queden a merced de la náusea y el vacío (cf. FT 36).

Por supuesto, nuestra acogida tiene que evitar la tentación de crear grupos cerrados o aislados y ha de brindarse a todos, sin importar la procedencia ni juzgar las acciones, pues se trata de tener caridad entre nosotros y con todos (cf. 1 Tes 3,12). El amor que Dios nos da a conocer rompe las cadenas que aíslan, tiende puentes, sabe de compasión y dignidad y nos permite construir una familia en la que todos se puedan sentir en casa (cf. FT 62), comenzando por los que ya estamos.

La situación de nuestro mundo tiene salida si somos como el buen samaritano. Dice el papa Francisco que «la parábola nos muestra con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad a partir de hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás»¹¹. Hagamos crecer la semilla de la vocación de formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan unos de otros (cf. FT 96).

¹⁰ PAPA FRANCISCO, *Carta encíclica Fratelli tutti*, 2020, n. 8.

¹¹ *Ibidem*, n. 67.

Hemos de buscar y apreciar también la solidaridad entre los que sufren. A veces nos parece irreal o de otra época. Sin embargo, existe y, como afirma el papa Francisco, la solidaridad «es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales»¹².

También es consecuencia de esta parábola de fraternidad tener conciencia universal de hermanos que habitamos la Casa Común. Con el fin de conservar la Creación, cuidarnos mutuamente en una nueva sociedad de los cuidados, como ha mostrado la experiencia de la pandemia, y crear entornos seguros para los vulnerables. Como comunidad, estamos llamados a «garantizar que cada persona viva con dignidad y tenga oportunidades adecuadas a su desarrollo integral»¹³.

5. Envío: somos Iglesia [somos sínodo]; somos comunión; somos misión

Estamos urgidos a hacer realidad cuanto implica nuestra condición de bautizados y enviados, de discípulos misioneros de Jesús. Así pues, en el envío misionero de este curso, vivamos contagiando nuestro ser Iglesia, sínodo, comunión y misión.

Somos Iglesia [somos sínodo]; somos comunión.

«Que todos sean uno para que el mundo crea» (Jn 17, 21).

Recibimos una fuerte llamada a la comunión, comenzando por la unidad dentro de la Iglesia diocesana. No temamos a las diferencias, sino más bien dejémonos enriquecer por ellas y busquemos su reconciliación por la acción del Espíritu Santo. El papa Francisco clama en *Evangelii gaudium* para que no haya guerras entre nosotros (cf. EG 98-101). Si se dan, serán consecuencia de la mundanidad espiritual que acarrea envidias y celos, búsquedas de prestigio o de poder, o pertenencia a un grupo singular en lugar de sentirse miembro de toda la Iglesia (cf. EG 98). El Papa nos pide a todas las comunidades del mundo testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente (cf. EG 99). Realmente la comunión fraterna está llena de brillo y es atractiva. Por descontado, a nadie le devolvamos mal por mal, sí bien por mal, y mantengámonos en paz con todos (cf. Rom 12,17-18).

¹² *Ibidem*, n. 116.

¹³ *Ibidem*, n. 118.

En la medida de nuestras posibilidades, no olvidemos recorrer sendas de encuentro con otras confesiones cristianas y abrámonos también al diálogo con otras religiones, sin contaminaciones ideológicas. Sabemos que la credibilidad del anuncio cristiano será mayor si superamos divisiones y nos reconocemos como compañeros de camino, sin recelos, sin desconfianzas (cf. EG 244).

Somos Iglesia [somos sínodo]; somos misión evangelizadora.

«Vosotros sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa» (1Pe 2,9). «Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1Pe 3,15).

La experiencia de haber pasado de las tinieblas a la luz de Dios, de ser no-pueblo a ser pueblo de Dios, y pueblo del camino, nos mueve a ser Iglesia misionera, misión desde la comunión, y a dar así razón de nuestra esperanza. No con planes muy bien diseñados ni megalómanos, sino, como ha sido siempre, a través de la historia de la Iglesia en este tiempo, que es gloriosa «por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es “sudor de nuestra frente”»¹⁴.

Somos misión creciendo como evangelizadores y buscando el modo de comunicar bien a Jesús en nuestra realidad. Aunque no resulta nada fácil, no debemos renunciar a hacerlo. De todos modos, somos misión especialmente dando testimonio del amor salvífico de Dios, que hace que no sea lo mismo la vida sin Él (cf. EG 121).

Por otra parte, no queremos dar explicaciones ni razones de nuestra fe y nuestra esperanza por medio de la confrontación, ni «como enemigos que señalan y condenan. Se nos advierte muy claramente: “Hacedlo con dulzura y respeto” (1Pe 3,16), y “en lo posible y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres” (Rom 12,18)»¹⁵.

¡Qué hermosos los pies del discípulo misionero que anuncia la paz, el consuelo, la esperanza y la alegría del Evangelio en medio de las dificultades y oposiciones de cada momento!

¹⁴ PAPA FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium*, 2013, n. 96.

¹⁵ *Ibidem*, n. 271.

Somos Iglesia [somos sínodo]; somos misión samaritana.

«¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: “El que practicó la misericordia con él”. Jesús le dijo: “Anda y haz tú lo mismo”» (Mt 10,36-37).

Somos Iglesia, pueblo de Dios, pueblo del camino que quiere asumir y vivir el proyecto de amor de Dios Padre conocido por medio de Jesucristo. Así seremos fermento, no de reacción rápida, sino de transformación paciente de la humanidad. Nuestro mundo necesita conocer la hondura de la buena nueva, respuestas que alienten, que den esperanza, nuevo vigor a los peregrinos. Por eso, afirma el papa Francisco, «la Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio»¹⁶.

Practicar la misericordia como el buen samaritano es asumir la misión samaritana con esa acogida, ese amor, ese perdón y esa vida según el Evangelio. Las palabras de Jesús «anda y haz tú lo mismo» son un exigente envío a la misión, que hemos de llevar adelante como pueblo de la misericordia que se sirve de diversos medios para realizar su cometido. Dice el papa Francisco en *Fratelli tutti*: «el buen samaritano necesitó de la existencia de una posada que le permitiera resolver lo que él solo en ese momento no estaba en condiciones de asegurar. El amor al prójimo es realista y no desperdicia nada que sea necesario para una transformación de la historia que beneficie a los últimos. De otro modo, a veces se tienen ideologías de izquierda o pensamientos sociales, junto con hábitos individualistas y procedimientos ineficaces que sólo llegan a unos pocos»¹⁷.

Hacer lo mismo que el buen samaritano, practicar la misericordia, implica unir nuestra vida a la de los demás, lejos de cualquier individualismo. Somos pueblo en misión samaritana que invita a los apaleados rescatados y curados a conocer a Jesús, encontrarse con Él y formar parte del pueblo de Dios.

¹⁶ *Ibidem*, n. 114.

¹⁷ PAPA FRANCISCO, *Carta encíclica Fratelli tutti*, 2020, n. 165.

Despedida con esperanza



Comenta el papa Francisco en *Evangelii gaudium* que el obispo siempre debe fomentar la comunión misionera siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas. A ellas me remito para orar por vosotros y pedir con fe que tengamos un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 4,32).

Asumiendo la misión que el papa Francisco me ha encomendado entre vosotros, habré de estar unas veces delante, señalando el camino, que es Cristo, y cuidando la esperanza de esta Iglesia particular de León. Otras veces, deberé estar simplemente en medio con cercanía sencilla y misericordiosa. En otros momentos, tendré que caminar detrás para ayudar a los rezagados, fiándome de que el rebaño tiene su olfato para encontrar nuevos caminos. Amar esta porción del pueblo de Dios que se me ha encomendado, a los laicos, presbíteros, seminaristas, diáconos permanentes y consagrados, es confiar en el pueblo del camino para lograr el sueño misionero de llegar a todos (cf. EG 31).

Que nuestro camino sea hoy un camino en esperanza. La esperanza que es el mismo Jesucristo que vive en nosotros cuando le abrimos la puerta a la que Él siempre llama para entrar y cenar con nosotros manjares de verdad, bondad, belleza, justicia y amor (cf. Ap 3,20). Una esperanza, por tanto, que eleva el espíritu hacia la plenitud, nos llena de valentía y nos impulsa a la grandeza humana y cristiana, que no es sino la santidad alcanzada con los otros, nuestros hermanos.

Caminamos juntos con María y, evocando el himno que con tanta fe y devoción cantamos, le decimos con esperanza:

Virgen del Camino,
reina y madre del Pueblo de Dios
sinodal, fraterno, misionero,
evangelizador y samaritano
que peregrina en la diócesis de León;
muéstranos a Jesús vivo y glorioso
en su cuerpo desfigurado,
piadosamente recostado
sobre tu regazo amoroso.

Virgen Madre
de este Pueblo del Camino,
que quiere peregrinar unido
con un solo corazón y una sola alma,
muéstranos a los hermanos
injustamente apaleados,
para que seamos capaces de acogerlos
con abrazos samaritanos.

Virgen del Camino,
queremos caminar juntos y contigo,
andariega del Reino,
hacia los verdes pastos
de una esperanza cierta
que se abre paso y crece
cuando un corazón humano
abre a tu Hijo la puerta.

Amén.

León, 15 de septiembre de 2021

***Solemnidad de la Bienaventurada Virgen María de los Dolores
bajo la advocación del Camino***

A handwritten signature in blue ink that reads "Luis Ángel de las Heras" with "Berzal" written below it. The signature is written over two horizontal lines.

✠ Luis Ángel de las Heras Berzal, CMF
Obispo de León